





rey Luis XVI. ¿Y el ex kaiser, criatura digna de algún reformatorio, más que de ocupar un trono?

Pero quien está más cerca del Luis ese es Alfonso de España. En el suplemento dominical de "La Nación", en la sección en rotogravure, quizás retribuyendo al favor que le hiciera el rey recibiendo en palacio al retoño de la dinastía Mitre, en viaje, se publica una página entera sobre las proezas cinegéticas del soberano que padece la misma idiotéz urbanizada, la idéntica grosería barnizada del que debía entregar su cabeza al verdugo. Los venados muertos en el coto de Hontanares son exhibidos, mientras los soldados de Marruecos hacen el oficio de venados para los moros. El paralelo cabe perfectamente. España quizás se halla cruzando por el período más grave de acontecimientos revulsivos, y el rey seguirá apuntando seguramente en su carnet la palabra: "Nada". Y pre-

parando la estadística del producto de sus cacerías. Y el Primo de Rivera que está a su lado, como dios penate y genio tutelar en francachelas de casino, al referirse a la pretensión de que España entre al Consejo de la Liga de las Naciones, como miembro permanente, dirá:

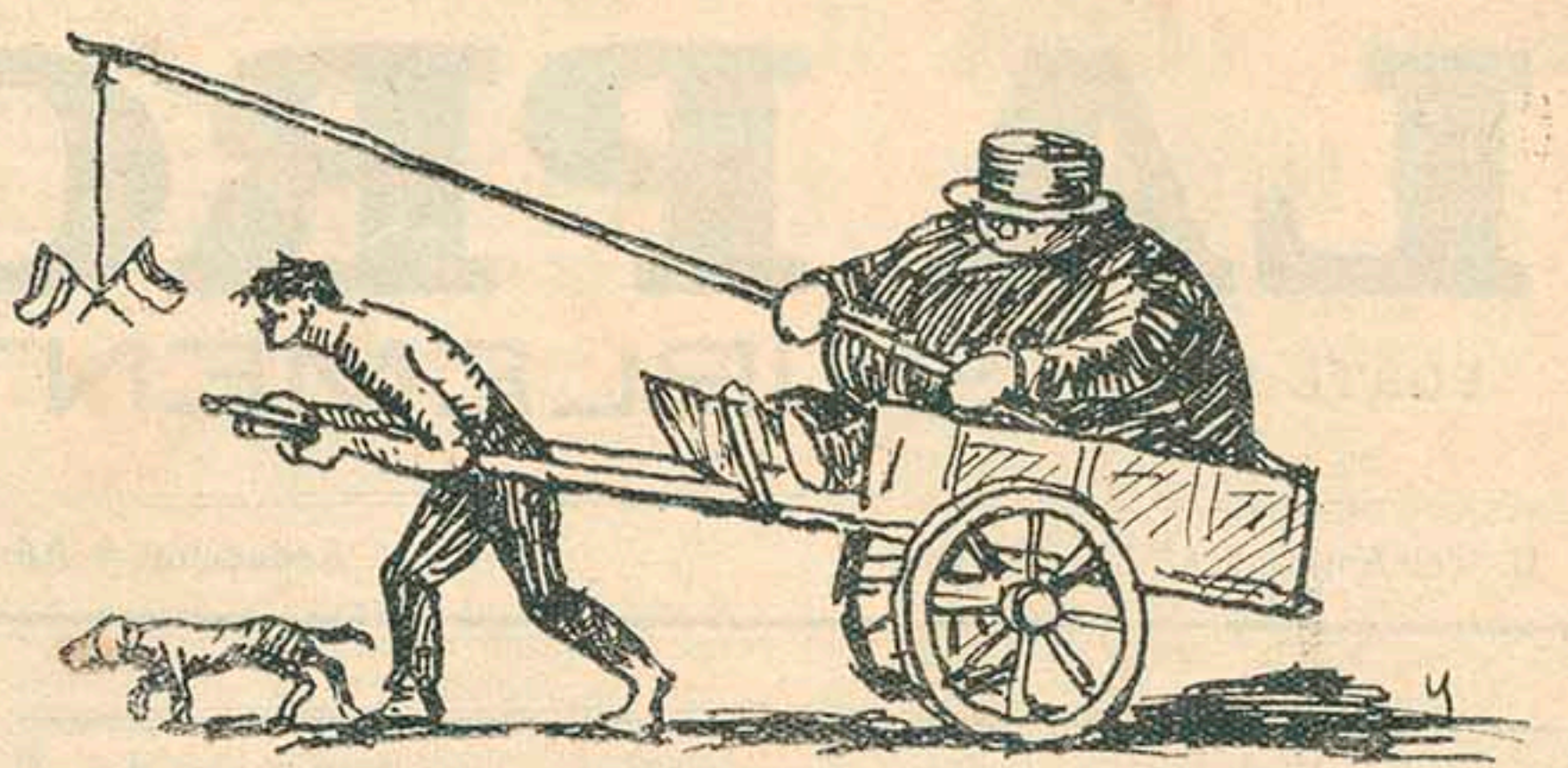
—Creo que este país, por su historia, representa a la madre de una raza extendida por el mundo.

Después, si surge un ajusticiador, quien, adelantándose al verdugo, haga suyo el dolor colectivo de esas madres que le arrancan los hijos para que hagan de venados para los moros, se clamará al asesino, al crimen horrendo. Y nadie se detendrá a reflexionar en todos los crímenes que se cometieron en el nombre de ese rey y de los propietarios de minas en Marruecos, entretanto que él, impassible, continuaba diciendo tonterías en compañía de su complice y matando animalitos inocentes.

# La expropiación de los príncipes alemanes

La insolencia de los ex príncipes reinantes, ocho años después de la comedia revolucionaria de 1918, puede llevarnos tanto a la indignación como a tristes consideraciones. La indignación se refiere más a la inexplicable pasividad del proletariado de Alemania y a su espíritu de disciplina que a las exigencias descaradas de los ex príncipes. Los trabajadores no han querido hacer la revolución, han pensado que bastaban Ebert, Scheidemann y Noske para hacerla y aquí tenemos uno de los frutos de ese imperdonable descuido. Puede ser muy cómodo y muy demagógico poner ahora el grito en el cielo y mostrarse asombrados por el cinismo de los viejos tiranos — al fin y al cabo ya no existe el peligro de incurrir en delito de injurias a Su Majestad, — pero es un recurso bastante inocente para justificar lo injustificable: la crédula infantilidad de los trabajadores alemanes, que supusieron en 1918 y 1919 que la revolución era cosa de los políticos marxistas y no cosa del pueblo, de la iniciativa de cada uno y de la acción personal de todos los desheredados. Los trabajadores alemanes sufren toda clase de privaciones, ven perdidos todos sus derechos, todas sus pequeñas conquistas; son entregados como mercancías fanimadas, a los explotadores y como gleba sumisa a la innumerable casta de los jefes políticos; en esa situación de miseria popular, las exigencias fabulosas de los ex príncipes son insoportables bien dolorosas, pero a juzgar por la forma pasiva en que el pueblo reacciona, siempre a la voz de mando, hay que dar gracias a dios si los ex príncipes no agregan a sus reclamaciones jurídicas su acción directa con la fusta en la mano. Este pueblo parece haber perdido la capacidad de pensar y de sentir por cuenta propia. Ha presenciado metafísicamente, hambriento y burlado, los procesos de Magdeburgo (1924) y de Munich (1925) y todavía no ha comprendido nada. ¡Oh, maravillas de la educación marxista!

mos pasar por alto. La socialdemocracia, después de haber salvado el país del peligro revolucionario, ha recibido el pago merecido y quedó fuera del gobierno nacional. Alemania ha realizado el ideal de aquel campesino de 1848 que quería una república con un gran duque a la cabeza. El puesto de Ebert fué ocupado por Hindenburg. El orgulloso partido de gobierno de Scheidemann y Noske ha tenido que tragar la píldora, viendo de día en día decrecer su influencia en la política nacional; la reacción ya no necesita esconderse tras la socialdemocracia. Esa ingratitude hizo que el gran partido obrero volviera a emplear frases de partido de oposición y cuando se produjo el escándalo de las reclamaciones jurídicas de los ex príncipes, los socialdemócratas, con fines demagógicos, en lugar de decidir ese asunto de tanta trascendencia en el parlamento, resolvieron proponer se consultara al pueblo su opinión por medio de un referéndum. Esa proposición fué aceptada por los partidos obreros, por los sindicatos reformistas, por los burgueses radicales. Los socialdemócratas han silenciado que fueron ellos los que impidieron en 1918 y 1919 la confiscación de los bienes de las ex familias reinantes; han silenciado que durante los años de su gobierno han consentido en satisfacer religiosamente pingües rentas a los ex príncipes, y eso en el período de la depreciación de la moneda, una de las épocas más tristes de la miseria popular alemana. Gracias al triunfo de Hindenburg y a la presunta oposición de la socialdemocracia, se ha creado un movimiento en favor de la expropiación de los ex príncipes, sin indemnizaciones. Ese movimiento existe porque los diversos partidos piensan explotarlo para engrosar sus filas con las masas obreras que comienzan a desilusionarse. Una prueba de que es algo superficial la tenemos en esta verdad innegable: si los jefes socialdemócratas dieran la orden de torcer el rumbo, entregando en manos de la reacción absolutamente la regulación de las demandas de los príncipes, las masas, por sí mismas no darían un solo paso más y continuarían satisfaciendo las deudas de la guerra, las monstruosas cargas de su burocracia sin par, las rentas de los bienes de sus antiguos amos, etc. Pero en fin, aunque el movimiento sea artificialmente sostenido por las aspiraciones partidistas y demagógicas, es posible que se llegue al referéndum popular, que luego serviría de base para una ley. Hay muy pocas probabilidades de triunfo para el pensamiento de la expropiación; en las mismas masas obreras hay considerable



número de gentes que consideran como una gran ingratitud esa expropiación de los viejos tiranos; además tenemos la burocracia estatal y privada, la población agraria, en casi su totalidad en las filas de la reacción militante, la burguesía industrial de todos los matices, etc., etc. Es muy dudoso que el referéndum en los diversos países esa autonomía de la acción, rechazando absolutamente la mentira de los frentes tráficos protocolares, aunque no sean más que pasajeros. En ese punto nos identificamos por completo con la táctica de los camaradas alemanes de la F. A. U. D.

Respecto a la participación en el referéndum popular, en la forma que la F. A. U. D. se propone hacerlo, si nuestras organizaciones latinas de América se encontrasen en la misma situación, es casi seguro que, aun velando por su consecuencia anarquista, habrían hecho lo mismo. En tal circunstancia importa más la táctica a seguir que todo lo demás, y la táctica de la F. A. U. D. garantiza íntegramente su autonomía. Es todo lo que se puede pedir en ese caso.

Se ha acentuado bastante que no podemos pasar por alto ninguno de los problemas cotidianos de interés general. Malatesta mismo ha insistido en estos años diversamente en eso. El folleto de Roker, *La lucha por el pan cotidiano*, traducido al español, al sueco, al holandés, al ruso, al esperanto, ha encontrado la más simpática acogida, incluso entre los anarquistas individualistas italianos; en ese folleto se sostiene la tesis de nuestra participación activa en las luchas de todos los días como un requisito para tener derecho a considerarnos combatientes de la revolución social y forjadores de un mundo nuevo. Por desgracia, ese punto de vista tan fecundo ha llevado en algunos países a singulares aberraciones, como por ejemplo a la unión y a los compromisos con la burguesía liberal para combatir la dictadura.

Ultimamente se han hecho oír entre los miembros de la F. A. U. D. algunas protestas contra la actitud recomendada en ocasión del referéndum o más bien de la consulta popular sobre la expropiación. Sus argumentos son sumamente débiles e inconsistentes.

Según nuestra manera de ver, el mal no está en participar en el referéndum, sino en no aprovechar suficientemente esas oportunidades para mayor intensificación de la propaganda. Sean o no expropiados los príncipes, nuestros camaradas pueden, antes y después del referéndum, obrar con argumentos efectivos, vivientes, en favor de nuestras ideas. Su aislamiento o su abstencionismo en este caso, además de ser explotado por los demagogos de todos los colores marxistas, sentaría una nota de sectarismo muy poco beneficiosa para el movimiento.

neral e hicieron espontáneamente lo que pudieron por impedir el triunfo de las bandas monárquicas. Ningún compromiso concertaron entonces nuestros camaradas con los que accidentalmente se encontraron a su lado. Lo mismo se hará ahora. Nosotros hemos combatido toda: estos años por asegurar a nuestro movimiento en los diversos países esa autonomía de la acción, rechazando absolutamente la mentira de los frentes tráficos protocolares, aunque no sean más que pasajeros. En ese punto nos identificamos por completo con la táctica de los camaradas alemanes de la F. A. U. D.

Respecto a la participación en el referéndum popular, en la forma que la F. A. U. D. se propone hacerlo, si nuestras organizaciones latinas de América se encontrasen en la misma situación, es casi seguro que, aun velando por su consecuencia anarquista, habrían hecho lo mismo. En tal circunstancia importa más la táctica a seguir que todo lo demás, y la táctica de la F. A. U. D. garantiza íntegramente su autonomía. Es todo lo que se puede pedir en ese caso.

Se ha acentuado bastante que no podemos pasar por alto ninguno de los problemas cotidianos de interés general. Malatesta mismo ha insistido en estos años diversamente en eso. El folleto de Roker, *La lucha por el pan cotidiano*, traducido al español, al sueco, al holandés, al ruso, al esperanto, ha encontrado la más simpática acogida, incluso entre los anarquistas individualistas italianos; en ese folleto se sostiene la tesis de nuestra participación activa en las luchas de todos los días como un requisito para tener derecho a considerarnos combatientes de la revolución social y forjadores de un mundo nuevo. Por desgracia, ese punto de vista tan fecundo ha llevado en algunos países a singulares aberraciones, como por ejemplo a la unión y a los compromisos con la burguesía liberal para combatir la dictadura.

Ultimamente se han hecho oír entre los miembros de la F. A. U. D. algunas protestas contra la actitud recomendada en ocasión del referéndum o más bien de la consulta popular sobre la expropiación. Sus argumentos son sumamente débiles e inconsistentes.

Según nuestra manera de ver, el mal no está en participar en el referéndum, sino en no aprovechar suficientemente esas oportunidades para mayor intensificación de la propaganda. Sean o no expropiados los príncipes, nuestros camaradas pueden, antes y después del referéndum, obrar con argumentos efectivos, vivientes, en favor de nuestras ideas. Su aislamiento o su abstencionismo en este caso, además de ser explotado por los demagogos de todos los colores marxistas, sentaría una nota de sectarismo muy poco beneficiosa para el movimiento.

*D. Abad de Santillan*

# EDUARD WECKERLE EL HOMBRE Y LA MAQUINA

IV

En el comienzo de la era de las máquinas, las aspiraciones de la técnica aplicada, tendían casi exclusivamente a suplantar la fuerza física de trabajo de los hombres. Ahora la máquina amplía su radio de acción y ejecuta hasta las funciones del cerebro. Y aquí pensamos poco en aquellas grandiosas instalaciones que se emplean por ejemplo en el tráfico ferroviario y que en cierto modo se han convertido en controladoras de los vigilantes de las señales; tampoco pensamos por ejemplo en aquellos maravillosos instrumentos que superan en precisión, durante las navegaciones, a los sentidos más ejercitados de los capitanes. Todos esos mejoramientos son complementos técnicos para el aumento de la seguridad, hechos indispensables, ciertamente, por el desenvolvimiento enorme de las comunicaciones. Lo que tenemos presente ante todo son los instrumentos que se aplican en los grandes establecimientos fabriles y comerciales, donde suplantando, en mano de jovencillos apenas ejercitados en el pensar, a los calculadores más experimentados y a los profesionales de la contabilidad. A la máquina de escribir nos hemos acostumbrado ya tanto como a la máquina de coser. Y sin embargo no hace mucho que "una hermosa escritura" era la mejor recomendación para la entrada a una oficina. La escritura a mano en las grandes casas de comercio se ha limitado, en el mejor de los casos, a la contabilidad. Pero también de la contabilidad desaparece más y más la escritura a mano. Ya se han introducido en grandes oficinas las máquinas para llevar la contabilidad (procedimiento de las tarjetas agujereadas). Una compañera no menos importante la tiene la máquina de escribir en la máquina de contar, y en los últimos tiempos es la máquina de operaciones que escribe al mismo tiempo y en la que bastan algunos movimientos para resolver jugando, con una seguridad insuperable y con la mayor precisión, todas las operaciones matemáticas, sin que tengan que cooperar las células del cerebro humano. Aparatos de reproducción, máquinas para escribir direcciones, máquinas para abrir y cerrar las cartas, para estampillarlas, etc., encuentran un empleo creciente y reducen a los obreros intelectuales en su actividad a proletrarios y a servidores de máquinas. Un invento suplanta al otro, incluso en el dominio burocrático y transforma aquellas oficinas, llenas de personal, en salas de máquinas. Ya se anunció una máquina de escribir que hace superflua la maquinista y que transforma directamente el eco de la palabra en escritura a máquina.

ocupación para los hombres dependientes del trabajo.

El obrero observa confuso esos brazos de hierro que crean ahora, con una rapidez mucho mayor y en el ritmo de un bronco ruido que sofoca toda voz humana, lo que él creaba antes con sus manos hábiles y estimuladas por una canción alegre. El espacio que se le deja se vuelve cada día más estrecho para poder conservarse como hombre creador e inspirarse en la conciencia de su diligencia creadora. Los resultados de su trabajo hacen mucho que no los ve. Diariamente realiza sólo un movimiento único e igual, mortífero por su monotonía. No es más que un accesorio del maquinismo que se ha humanizado y está expuesto a volverse superfluo por la aplicación de una palanca o de una rueda.

La habilidad personal no vale nada ya y se desvaloriza completamente. Más aún: todo el proceso de producción se separa más y más de su centro anterior, el hombre laborioso, y coloca en su centro el maquinismo en torno al cual el hombre gira, como una rueda inanimada. Desde hace mucho, en un moderno establecimiento el hombre no dirige ya la máquina que se le ha confiado, sino al contrario: la máquina lo dirige a él. La máquina determina la frecuencia y el ritmo de sus movimientos, quiera o no quiera; tiene que ajustarse a los giros de sus volantes; la máquina es su capataz y su controlador de reposo. El obrero no es ya un creador en servicio, sino un esclavo de la máquina mantenido con férrea violencia.

El más vasto desarrollo de esa mecanización del hombre lo encontramos en los Estados Unidos y naturalmente en su extrema aplicación en las modernas industrias, como la del automóvil. Como se procede aquí, nos lo ha contado el rey norteamericano del automóvil en su libro "Mi vida y obra", con una sobriedad norteamericana y sin oropel alguno. Señala permitido por lo tanto quedar más tiempo en esta parte de sus exposiciones.

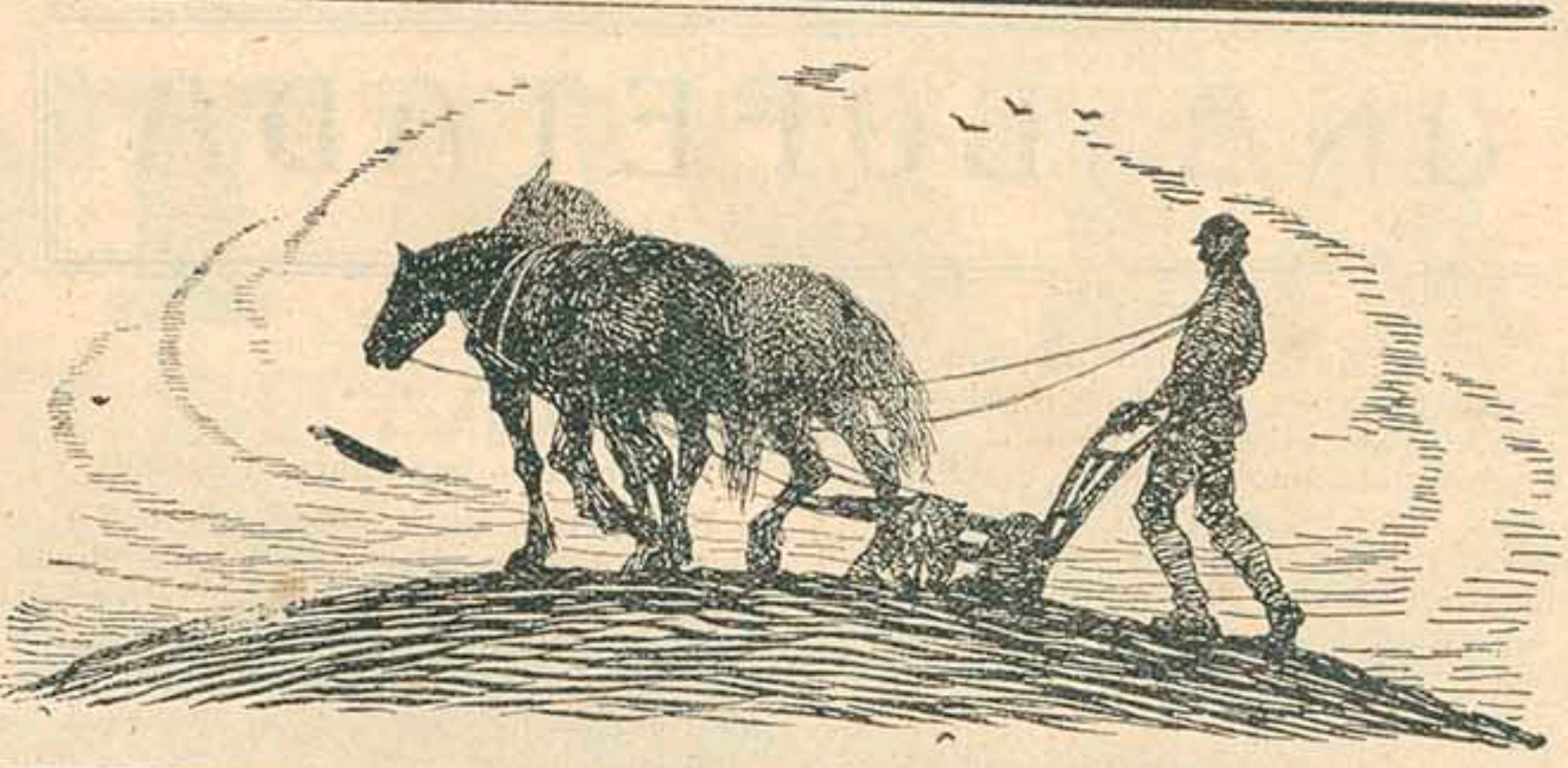
En el capítulo V de su libro "Mi vida y obra", escribe Ford: "Si hubiera un medio para ahorrar el diez por ciento de tiempo o para aumentar los resultados un diez por ciento, la no aplicación de ese medio significa un impuesto de diez por ciento (en toda la producción). Si la vida de un hombre, es, digámoslo, cincuenta cent. la hora, un ahorro de diez por ciento de tiempo significa una mayor ganancia de cinco cent. Y más adelante: "Se ahorran a 12,000 personas diariamente diez pasos, y se obtiene un ahorro de fuerza y de camino de 80 kilómetros. Estos fueron los métodos según los cuales fué organizada la producción en mi empresa. Todo se despendía casi por sí mismo."

Siguiendo estos principios, Ford instaló en su fábrica las máquinas unas junto a otras, más que en ningún otro establecimiento del mundo, aplica raíles que transmiten el chasis en un ritmo exacto y penosamente calculado de un obrero a otro, que luego coloca en el movimiento el tornillo o la tuerca correspondiente, etc., o realiza la acción de la mano conciente hasta que el coche, al llegar al número 45 sale listo.

Resumamos aquí brevemente algunos de los ahorros de trabajo obtenidos por esos métodos: La confección del magneto, que antes era obra de un solo hombre, fué descompuesta en 29 labores especiales y así se redujo el empleo de tiempo por magneto de 20 minutos a 5.

El montaje de un chasis estacionario exigía 12 horas y 8 minutos. Con la ayuda de experimentos científicos, entre otros por "el acercamiento de la plancha de trabajo a la altura del brazo y por la división de los diversos trabajos, de manera que cada hombre tuviera que hacer cada vez menos movimientos", se redujo el tiempo a una hora, 33 minutos por chasis.

"La composición del motor, antes obra de un solo obrero, se hace hoy por 48 la-



bores especiales, y los obreros correspondientes hacen tres veces más que antes." Apenas pasa una semana sin que se anuncie algún progreso en las máquinas o en los procedimientos de la producción, incluso en oposición directa con los usuales "mejores métodos de fabricación". Sin embargo, el ahorro de tiempo no es la única ganancia. Por la división científica del trabajo y su descomposición es posible renunciar casi completamente a los obreros de oficio y suplantarlos por obreros sin oficio. "Obreros de oficio" dice Ford — no los necesitamos, pues todo conocimiento es suplantado por la máquina" (The skill is in the machine). En este concepto es de interés lo que constata Ford en otro pasaje de su libro: 43 por ciento de los trabajos realizados en los establecimientos Ford no exigen más de un día de aprendizaje, 36 por ciento de 1 a 3 días, 6 por ciento de 1 a 2 semanas, sólo el 14 por ciento de un mes a un año y un uno por ciento (por ejemplo la fabricación de instrumentos y la soldadura) de 1 a 6 años.

En la fundición sólo hay un cinco por ciento de fundidores y modeladores, el resto, 95 por ciento, son peones. "o, para ser más exactos, no tienen que aprender más que un solo movimiento de la mano, que incluso el más torpe puede aprender en dos días. La fundición se opera sin excepción por medio de máquinas." Toda parte que debe ser fundida tiene una unidad del grupo unitario — según el número previsto en el plan de producción. Las instalaciones necesarias están adaptadas al chorro que les concierne; los obreros que pertenecen a la unidad no tienen, por consiguiente, más que hacer sin cesar repetidos movimientos de la mano.

El montaje del freno del acambique se hacía antes por 28 hombres en tres minutos. El preparador analizó los distintos movimientos con el reloj de Stopp y halló que en una jornada de nueve horas se perdían cuatro por el ir y venir. Era el tiempo que necesitaban los obreros para buscar el material y para retirar la pieza terminada. El proceso de trabajo fué descompuesto y el resultado fué que siete hombres en una jornada de ocho horas montaban 2,600 frenos de alambrique, mientras que antes el máximo de 28 hombres en una jornada de nueve horas era sólo de 175 piezas.

Lo mismo se procedió con todo proceso de trabajo y se indicó siempre cómo por la descomposición y la introducción de nuevas máquinas se volvían superfluas las fuerzas obreras instruidas. Sobre los ahorros obtenidos con esos métodos, escribe Ford: "Aunque la comparación cojea algo, el resultado es sin embargo desconcertante. Si en nuestra cantidad actual de producción necesitáramos el mismo número de empleados que en 1913 — la fundación de nuestro establecimiento — eran utilizados sólo para el montaje, tendríamos que ocupar hoy más de 200,000 obreros. Realmente el número de los obreros ocupados en el momento que nuestra producción alcanzó 4,000 coches por día, no llega a 50,000."

Pero Ford no es el único propietario de esos secretos de la producción. Toda la industria americana del automóvil trabaja según esos principios descritos por él. Se observa bien en el estudio llevado a cabo por el Bureau of Labour Statistics sobre el sistema de producción en esa industria, (en Monthly Labour Review, octubre, 1924). Citemos algunos ejemplos de ese trabajo:

"Para la confección de caballetes de los coches se construyó una nueva máquina que asoció hoy automáticamente todas las piezas y las remacha. Esa máquina, servida por un solo hombre, termina en un

minuto seis y en 10 horas 3,600 caballetes. una labor que exigía antes 175 obreros. El remache desaparece cada vez más. Las piezas de acero son por lo general soldadas a máquina. Con una máquina para soldar construida para ese fin, un solo obrero realiza la labor anterior de ocho remachadores a mano.

Un nuevo procedimiento para soldar permite que un hombre lleve a cabo 20 veces más labor que antes. Un nuevo taladro ha cuadruplicado doce veces la producción de los tornos anteriores.

Idénticos ejemplos se mencionan por decenas. Se emplean siempre nuevos métodos para elevar el rendimiento de cada obrero y extirpar el trabajo improductivo. Se dice de una fábrica de automóviles que suprimió seis mensajeros de la fábrica, proveyendo a un muchacho de patines con los que puede hacer fácilmente todas las idas y venidas de los mensajeros anteriores.

Tampoco se limitan esos métodos a la industria del automóvil. Los encontramos en todas partes y en lugares inesperados para un europeo.

Por ejemplo: el ingeniero Martin Wagner (*Gewerkschaftszeitung*, 6 de diciembre de 1924), notifica sobre el movimiento en los mataderos de Chicago:

"En cada uno de esos mataderos trabajan más de 6,000 hombres. Cada uno de ellos se ocupa de repetir todo el día un sólo movimiento de la mano, tres o cuatro mil veces. Un carnicero de oficio no podría hacer ver su arte en esa fábrica. Es suplantado por un ejército de peones cuyo aprendizaje no exige ya 3 años, sino a lo sumo tres días. Una huelga que estallara en esa fábrica, no llenaría de peregrinidad al propietario. Algunos trenes llenos de negros pueden suplantarlo a los huelguistas, y la fábrica continúa. En la fábrica de Ford la suplantación de los huelguistas es algo más difícil. Pero la diferencia es sólo gradual, no de principio."

Otro ejemplo elocuente nos lo da la panadería norteamericana. Todavía en los años anteriores a la guerra estaba la panadería en manos de pequeños establecimientos. Ahora la industria de la fabricación del pan pasó a manos de poderosas compañías en todas las grandes ciudades que elaboran el pan mecánicamente, y han dejado sin trabajo a millares de panaderos y a decenas de millares de ayudantes. En esas panaderías mecánicas, se instalan hornos con una capacidad para varios millares de panes por hora, en los cuales, según A. Burkhart, secretario de la federación americana de los obreros de la industria alimenticia, a lo sumo apenas es ocupada una docena de panaderos de oficio.

¿Y Europa? Lo repetimos: Europa seguirá el ejemplo norteamericano y está ya en vías de seguirlo. Empezará la misma atomización del proceso de trabajo y pasará a la labor mecánica especializada, en que el obrero apenas es más que una ampliación del autómat, un accesorio viviente de una máquina, inanimada, elevada a la categoría de controladora del hombre.

Así aumentan los resultados del trabajo más y más, con la desvalorización simultánea de los conocimientos personales y de la habilidad personal. Los cinco sentidos de que ha provisto la naturaleza al hombre, son en lo sucesivo para los capitalistas, dones superfluos. No los necesitan ya, sino que piensan sólo en aquél movimiento que se repite automáticamente y eternamente, y cuyos fragmentos de segundo son medidos con el reloj de Stopp para simplificarlos aun más. Las consecuencias de esa moderna explotación del hombre por el capitalismo armado de un maquinismo diabólico, son



# UNA BOFETADA

El viejo Manuel trabajaba agobiado por un cansancio atroz, mortificado por el sol ardiente de las diez de la mañana...

Representaba unos sesenta y cinco años de edad. Era delgado, casi decrepito; su rostro moreno, cruelmente arrugado; sus ojos, incoloros y brillantes, delatores de un cansancio que databa de muchos años, de estatura mediana y miembros nervudos.

Había nacido en una oscura aldehuela española. A los nueve años ya comenzó a trabajar con sus padres. A los quince era un fuerte moceton, lleno de vida, de ingenuidad y de ignorancia; apenas si fué a la escuela durante dos años, una escuela que tenía por único director y maestro a un ceñudo sargento retirado. Al cabo, sólo conservó el recuerdo de los castigos y reglazos del maestro.

Después, los padres murieron: padre partió el primero, luego madre, de pesar, a poco de caer José, el hijo mayor, soldado en Marruecos. Dejaron los padres una muy corta hacienda: una legua de campo, tierra trabajosa y poco fecunda; un mulo y un toro añejos y una casucha de piedras.

No fué posible a todos los hermanos vivir de aquella hacienda. Hubo disputas, surgieron cuestiones, se consultó al cura, opinó el maestro de escuela, intervino el alcalde; y una mañana Manuel, que tenía diez y ocho años, partió para Madrid, inflado de ambiciones, de curiosidad, y satisfecho de sus fuerzas y de su juventud.

Sufrió mucho en la ciudad, trabajó jornadas penosas y largas. Se desilusionó. Un pesimismo doloroso llegó a vencerlo. Luego oyó hablar de América: una tierra preciosa, donde todos se enriquecían, donde los nombres no surtían miseria, donde todo era abundancia, un paraíso. La casualidad hizo que en Madrid se encontrase con un antiguo vecino de su aldea; lo encontró cambiado: vestía como señor, usaba bastón, tenía casa en Madrid, sirvientes y dinero... Manuel casi no creyó lo que vieron sus ojos. Pero el amigo se le acercó sonriendo, le tendió la mano; estuvieron conversando un buen rato. Entraron en un café lujoso. Allí el amigo historió el origen de su fortuna: había ido a América, trabajó muchos años en los bosques del Brasil; es verdad que sufrió bastante, pero al fin se hizo rico y volvió a España triunfalmente. Los ojos de Manuel brillaban de ambición cuando se despidió de su amigo...

Un día, meses después, Manuel se embarcó para Buenos Aires...

fáciles de preveer: completo achatamiento de las fuerzas intelectuales, psicológicas y morales del hombre. No es ya un síntoma espantoso de la decadencia cultural general, la vulgaridad de los recreos ofrecidos a las masas y exigidos por ellas, — el círculo, las carreras, el cine, el deporte convertido en oficio e industria, etc. —. No nos ilusionemos con los fenómenos aislados que hacen reconocer la aspiración al rejuvenecimiento y a la elevación de nuestras fiestas y festividades. El que una hora y otra, un día y otro día, un año y otro año, mueve siempre la misma balanza en eterna repetición; el que durante toda su vida no emplea más que un solo músculo, ve amortiguarse en vida los otros, y sólo pueden ponerlos en tensión las fuertes sensaciones sensuales.

Y tras ese desvanecimiento del contenido de la vida en el proletariado industrial, hay todavía otro peligro: en el mismo grado que la masa se pierde espiritualmente, aumenta el influjo intelectual del capitalismo. Fueron siempre los obreros instruidos, y especialmente los que estuvieron al frente de los movimientos políticos y económicos, los precursores en torno a los cuales se adherían paulatinamente los obreros sin oficio. Esa tropa de iniciadores es diezmada hoy, y con ella pierde el proletariado sus mejores guías en la lucha por su liberación.

¿Y las consecuencias económicas para los trabajadores? Trataremos de examinarlas.

¡Desembarcó con tantas ilusiones!

Pero por la noche, después de haber recorrido Buenos Aires, sintió que el desaliento volvía a él. Buenos Aires era igual que Madrid, la gente era la misma que la de allá. La misma frialdad, igual egoísmo. También aquí se explotaba, también aquí había pobres. Su amigo le mintió, su amigo debió haber sido un canalía para conseguir hacerse rico, debió explotar.

Y presintió Manuel que nunca llegaría a ser rico; porque no se creía capaz de emplear los medios de su amigo el de Madrid. El no podía hacer sufrir a otros para obtener su bienestar...

Fué lingera. Trabajó los campos como



allá en su aldehuela. Pero ¡cuán diferente era ahora!; antes trabajaba su tierra, ahora laboraba la de otros. Ahora lo hacía por una paga miserable: un jornal que no llegaba a un peso, cama en un galpón y comida de bestias.

Luego tuvo otros oficios. Por último fue acañil. Vivió un poquito más acomodado. Se casó. Tuvo cinco hijos de una mujer que acabó tuberculosa. Volvió más tarde a la miseria. Cuatro de sus hijos se le murieron tísicos. El más pequeño, el que sobrevivió, comenzó a trabajar en una fábrica. Un día se lo trajeron con la cabeza destrozada por una máquina. Manuel debió seguir trabajando. Ya no servía para abañil, pues unos mareos espantosos amenazaban hacerlo caer del andamio.

Ahora formaba parte de la cuadrilla de una empresa de pavimentación.

El sol quemaba, implacable. El viejo Manuel conducía adoquines en una carretilla. Todos sus miembros hacían un gran esfuerzo para conducirla.

Aquellos miembros que habían desplegado fuerzas indomables, que habían sentido correr dentro de ellos sangre fuerte, estaban ahora exhaustos. Todos ellos temblaban inseguros a cada trepidación de la carretilla. Esta a menudo desviábase, y el viejo Manuel oía entonces las advertencias de sus compañeros:

—¡Eh!, gallego, casi me pisás!... ¡Fíjate por dónde vas!...

Manuel excusábase con un gesto y seguía conduciendo la carretilla.

Aquel día el viejo sentíase más cansado que nunca; precisamente cuando quería mostrarse más animoso, cuando el ingeniero estaba inspeccionando los trabajos.

El ingeniero tenía fama de tiránico e irascible para con los obreros, y Manuel temía que al reparar en sus pocas fuerzas tratara de despedirlo. Este temor hacía más torpe aún.

En una ocasión, en que Manuel conducía su carretilla cargada, el ingeniero y el capataz puséronse en medio del camino. El viejo no tuvo tiempo ni fuerzas para desviar la carretilla y, a no ser que aquéllos se hubieren apartado rápidamente, los habría atropellado.

El ingeniero lanzó una maldición. Irracundo, dió un formidable puntapié a la carretilla, que la hizo tumbarse hacia un lado. El viejo Manuel fué arrastrado en la caída de la carretilla, cayó con ella.

Se levantó, lastimado, y sintiendo la vergüenza de su humillación.

## El movimiento campesino en México

En 1891 se celebró en Córdoba, España, un congreso campesino anarquista; desde entonces no nos para la historia un acontecimiento semejante hasta mediados de diciembre de 1925, en que tiene lugar, del 15 al 18 de dicho mes, en Guadalajara, Jalisco (México) el primer congreso campesino de la C. G. T. Unos 80 delegados estuvieron presentes, hombres de trabajo, de rostro curtido por el sol ardiente del campo, animados por un vivo entusiasmo de lucha y desesos de conquistar para sí y para sus hijos la tierra y la libertad que nos han robado las castas privilegiadas de todos los tiempos.

En México, donde el fenómeno obrerista de otros países asumió allí un carácter agrarista, dando pábulo al nacimiento de diversas bandas de aventureros políticos, la creación de un movimiento campesino de tendencias teóricas y prácticamente revolucionarias, es de una trascendencia formidable. Hemos saludado con júbilo sincero la convocación de ese congreso y con júbilo saludamos también sus resoluciones y sus resultados generales. Ese naciente movimiento campesino de México puede influenciar la marcha de todo el movimiento obrero del continente. Nos interesa, pues, no perderle de vista y cooperar lo más estrechamente posible con él, porque su fuerza y su arraigo será la fuerza y el arraigo de nuestras ideas en la población agraria de México y de América.

Se fundó en ese congreso una Federación General Campesina de Comunidades y Sindicatos: su base ideológica es la siguiente:

“Los trabajadores del campo y de la ciudad tienen un derecho: el de organizarse para su defensa contra los explotadores y opresores del pueblo; y un deber: el de unirse mutua y estrechamente para derribar el capitalismo y el Estado.

“Al organizarse los campesinos en comunidades o sindicatos, lo hacen para luchar diariamente por su bienestar, fuera de toda acción política, declarando que esta acción inmediata por la conquista de la tierra es la misma revolución social, que llevará a todos los humanos al comunismo anarquista.”

En estos dos párrafos está concentrado el pensamiento director del nuevo organismo campesino: la organización para la conquista de la tierra al margen de toda acción política, lo cual es ya la revolución social, primer paso decisivo hacia la anarquía.

Respecto a los salarios se acordó:

“Organizar a los medieros en sindicatos de resistencia; los sindicatos de medieros lucharán por el tercio, esto es, por dar sólo un tercio de sus cosechas a los terratenientes; lo restante deberá pertenecer a los medieros o terceros. Exigir de los terratenientes que los terceros puedan construir chozas en las tierras de sembrado. Los sindicatos campesinos lucharán por un salario no menor de tres pesos diarios.”

La proposición de la comunidad agraria de Tlajomulco, Jalisco, sobre la lucha simultánea con los trabajadores de las ciudades por la jornada de seis horas, fue aprobada unánimemente.

Frente a las bandas armadas de los terratenientes, fomentadas ya en los tiempos de Porfirio Díaz y que se han vuelto a renovar por obra de los representantes socialistas del último período, se adoptó esta actitud clara y enérgica:

“Los obreros del campo y de la ciudad han de emprender una campaña contra las guardias blancas o las llamadas ‘academias’. El primer congreso campesino excita a todos los campesinos de la república a armarse contra las constantes agresiones de los terratenientes y de la autoridad.”

Otro punto importante es el siguiente: “La finalidad de la Federación de Comunidades y Sindicatos es la conquista inmediata de la tierra, usando para ello de la acción directa. — Se excita a los campesinos a ocupar las tierras, a constituir comunidades libres y a federarlas a la mayor brevedad. — Las comunidades libres, una vez constituidas, tienen la obligación de ayudarse mutuamente y de una manera directa, en caso de que sean

—¡Camalla!...

Y le dió una bofetada...

ARMANDO ENEAS

atacadas por las fuerzas federales o las bandas de los terratenientes.”

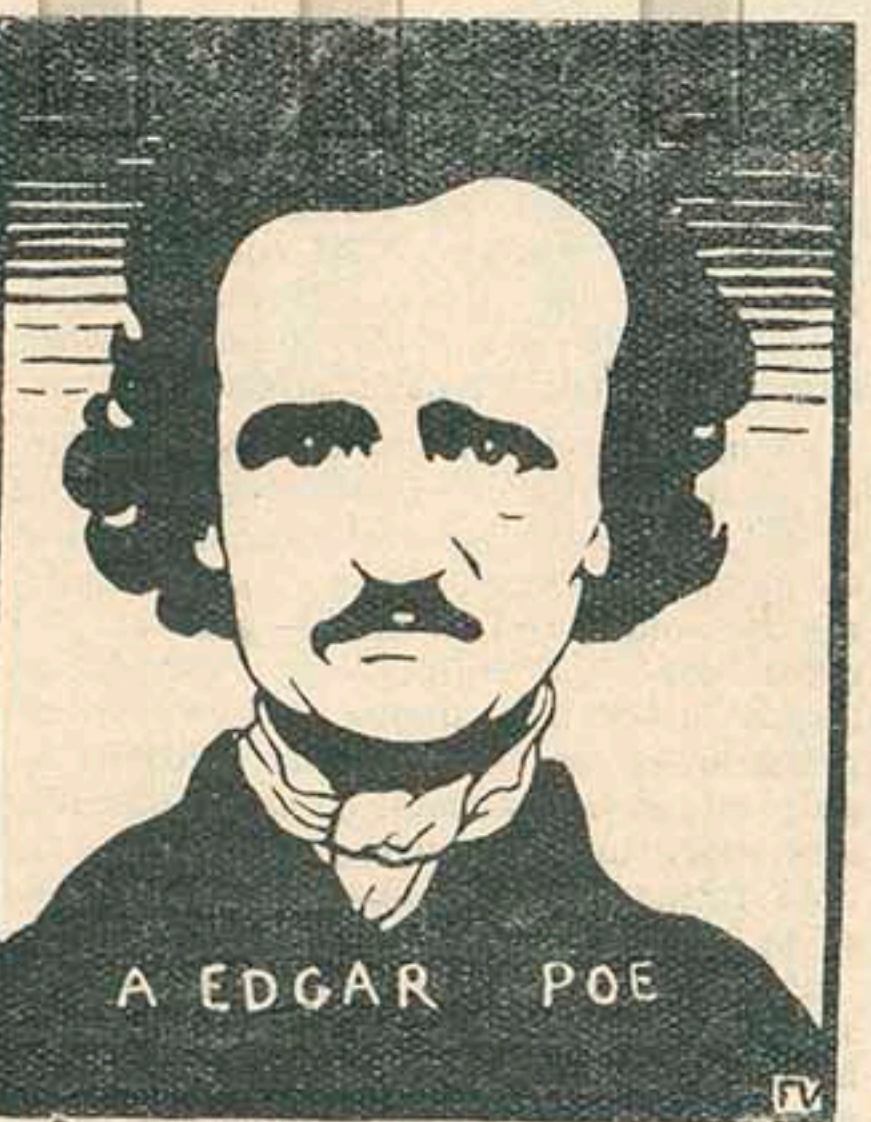
Como se ve por lo transcrito, el movimiento campesino de México manifiesta una tendencia bien marcada a pasar de la teoría a la práctica. ¿Habrá fuerzas para obrar en el sentido de las resoluciones? Esta es la cuestión. Pero si no existen fuerzas para obrar según el deseo, algo se tiene ya con tener ese deseo y esforzarse por materializarlo. Lo que más nos atrae hacia la población campesina es precisamente ese sentido de la acción práctica; si la población del campo integra el movimiento revolucionario, no podrá contentarse con la mera filosofía de nuestras ideas; por instinto y por naturaleza, en la acción constructiva, su concepción ideológica. El campesino revolucionario será siempre un factor positivo y práctico y no un simple adepto platónico de una doctrina, como suelen serlo la mayoría de los obreros de las ciudades. Esa característica daría a nuestro movimiento una potencia y una vitalidad insospechadas.

J. K.

## Félix Vallotton, pintor y grabador en madera

Una escueta noticia de escasas líneas ahogada entre el maremagnum de los cablegramas de la prensa cotidiana, nos anuncia la muerte de Félix Vallotton, insignificante grabador en madera, uno de los más grandes ilustradores de libros de Francia. Perteneció a la pléyade batalladora de los impresionistas franceses, y cuyo grupo de grabadores intentaron con toda felicidad reaccionar contra el histerionismo técnico de los contemporáneos de Augusto Lepère, uno de los mejores discípulos de Daniel Urraeta, Vierge, quien a su vez anteriormente, iniciara otro período de renovación, combatiendo contra el adocenamiento y el industrialismo mercantilizado de los grabadores de su época.

No hubo un solo diario, una sola revista de esta metrópoli, que se cuidara a informar al público quien fué Vallotton, y cuál rol desempeñó en el arte francés en las postrimerías del siglo pasado y lo que va del presente. Los críticos de arte, los grandes sacerdotes del periodismo

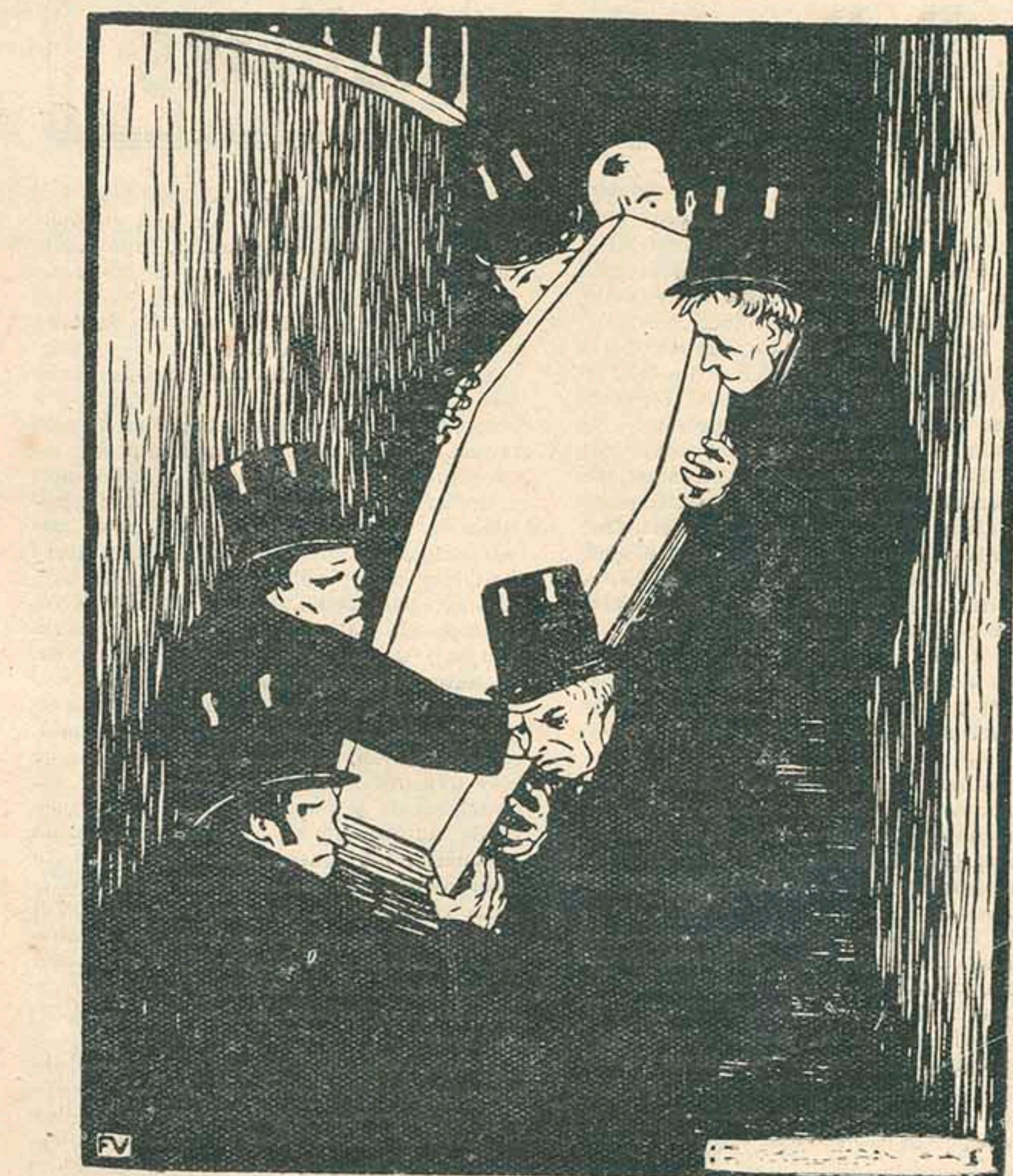


FELIX VALLOTON — "Edgar Poe"

agrop-ganadero, dejaron descansar sus plumas en sus correspondientes espeteras. Se trataba de un artista que tuvo sus desvíos sociales y casi anarquistas. En efecto, ya en 1909 el proletariado argentino pudo conocer el arte austero, rudo y simpático de Vallotton. Ideas y Figuras, la revista de Alberto Ghirardo, exornaba las páginas de un número entero con los grabados del artista suizo de nacimiento, pero francés por adopción definitiva.

Se titulaba “Crímenes y Castigos”, y era una burla satírica y un amargo reproche al régimen imperante y que sigue siéndolo. Eran “La educación cristiana”, donde el cura le suministra una azotaina al párvulo, reacio al catecismo; “Protegiendo el pudor”, en el cual dos polizontes llevan preso a un hombre astroso, para que no muestre lo que no debe a las señoras;

Lo que nos interesa también aquí es que la Federación campesina de comunidades y sindicatos de México está compuesta por peones y obreros arrendatarios o medieros, confundidos todos en una comunión de ideas, de intereses y de aspiraciones. No sabemos cómo los camaradas de México resolverían prácticamente los conflictos entre peones y arrendatarios, según han sido expuestos por algunos camaradas de la Argentina; la situación, sin embargo, no es la misma en ambos países. De ahí que no podría copiarse el mismo modelo de organización, sino crear una organización propia en cada país, de acuerdo a las características regionales. En esta situación es peligroso continuar. Si en la Argentina no es posible la organización única de peones y arrendatarios agrícolas, organicense separadamente y la práctica dará luego los consejos decisivos. Somos de opinión que nuestra doctrina debe surgir más de la realidad y de la acción cotidiana que del pensamiento puro de los filósofos.



FELIX VALLOTON — "El paso difícil"

“El nuevo himno”, donde una turba de policias persigue posiblemente a un anarquista o a un revolucionario; “Los disciplinados”, cuyo dibujo representa una niña bajo las ruedas de un automóvil, mientras dos guardias saludan, primero y ante todo, por ser el auto del jefe; “Defensores de la propiedad”, donde puede verse un propietario, con cartuchera y fusil, y solamente los botines de un probable difunto; el bicornio de un carabonero, mientras el propietario, presunto asesino, exclama:

—¡Está muerto. Entendido! Pero, ¿estaba o no dentro de mi terreno?

Una de las últimas charges, o sea caricaturas, es un empleado que llega tarde, y su principal lo intimata:

—La una y diez. Queda despedido.

Otro. “La libertad de pensamiento”. Un primero de libros, un joven en actitud de leer, el comisario y dos polizontes que exclaman:

—Libros de Kropotkin y de Reclus ¡eh! Está usted dentro del Código penal, como subversivo y por conspirar contra el régimen vigente. En marcha...

Y así son todas sus concepciones transcritas a una rica y noble materia de arte, expresiva, severa, y en su centro vital, en su esencia, palpita una idea, una intención — castigat ridendo mores — siempre el agor corrosivo de una sátira. Continúa la gran línea de los grabadores imbuidos de preocupaciones sociales, y cuyo epígono, entre otros, es Daumier. Es indudable el parentesco artístico y sociológico con este maestro, amigo de los pintores de la escuela de 1830, quienes también traían un soplo innovador a la pintura y al paisaje franceses, agotada por tanto yerto clasicismo, convertido en las manos de los repetidores en banalidad elegante.

He aquí unos someros datos biográficos, los únicos en nuestra posesión. Félix Vallotton nació en Lucerna el 25 de diciembre de 1865, trasladándose a los 17 años a París, con el deliberado propósito de perfeccionarse en la pintura, por la cual se sentía atraído desde niño. Durante tres años trabajó en los estudios de LeFebvre y Boulangier, mediocres pintores, pero por fortuna la influencia de ambos académicos fué abundantemente nula, dejando intacto su robusto temperamento.

Un vigoroso retrato de viejo fué el comienzo de una labor honesta, reflexiva, que debía acrecentarse en belleza viril hasta la vejez. Esta primera obra, estuvo expuesta en el salón de 1885; no solamente no pasó desapercibida, sino que le fué discernida una mención honorífica. Otros retratos de colorido un tanto acre y violento, de dibujo rudo y de grandes líneas, se subsiguieron en los salones de 1886, 1887 y 1889. Pero, obligado por la imperiosa mano de la necesidad, hubo de entregarse a la vorágine de la tarea mal remunerada y casi anónima, trabajando para periódicos y revistas. En esa obra dispersa, atenta sólo a las pulsaciones de una actualidad ingrátida, insubstan-

cial en la mayoría de las veces, publicó numerosas litografías, y entre las cuales hubo algunas de grato interés, de verdadera valía. Ello, no obstante el aprendizaje y la inadaptabilidad de los métodos empleados, en una técnica que no correspondía a su índole temperamental ni a su visión artística.

Es en 1891 que empezará a ejercitarse en el grabado sobre madera, comprendiendo inmediatamente que al fin había dado con el camino vocacional que haría vibrar al unísono sus facultades. El retrato de Verlaine inauguró una serie magnífica de máscaras, ilustrando un libro de Remy de Gourmont, titulado “Les Masques”, colección de estudios de los poetas del movimiento simbolista. Poco a poco, mediante su tesón, su inteligencia, su amplia percepción de la vida contemporánea, se le fué colocando entre los artistas de vanguardia y de los de más valer. Sigue un período de fervorosa labor, de producción cerrada que, comprendiendo doce o trece años, se resuelve en varios cuadros, algunos carteles, numerosos dibujos a pluma de gracioso carácter xilográfico, y no menos de trescientos grabados sobre madera.

De la total cantidad de su obra no se posee cifra exacta aunque se puede aseverar que ha de competir con las de los más fecundos artistas de su época. Firmaba Zero, pseudónimo del camarada Giambagi, pintor y grabador. Por ser del oficio, y por ende creyéndole más autorizado que nosotros, hemos de cederle la palabra, reproduciendo algunas opiniones emitidas en aquel entonces.

Después de historiar sucintamente y eficazmente la evolución del grabado sobre madera, dice:

“Su aguda observación y penetrante psicología se revela en una serie de máscaras. Son caracterizaciones sintéticas de amplia y ruda armonía plástica; inquietante esta, de Poe, el fantástico poeta del Norte; en cambio bonachona y sonriente la del fino y sutil diseccionador de almas que se llamó Stendhal.

Dificilmente con elementos tan reducidos podrá darse una sensación más vehemente y profunda de un tipo. Pero esta manera de encarar el asunto, con un simple contraste de blanco y negro y pocas líneas escueltas, ha producido toda una recua de imitadores anodinos que confunden la síntesis con la nada, y la simplicidad, difícil, con la simpleza. Donde a mi ver Vallotton afirma sus cualidades de pintor y de notable grabador, es en la “Ejecución”. Hay en esta extrema simplicidad de medios: ¡pero qué riqueza en los tonos, qué negros profundos, qué luminosas medias tintas!, y esto sin salirse del carácter especialísimo del grabado en madera, sin hacer la menor concesión a su destreza en el oficio. Es sobrio y alcanza un máximo de eficacia. Su escena espeluznante es trágicamente grotesca. El hombre no quiere morir y mira la horca con una cara idiotizada por el terror, mientras las manos rudas, tocas de los verdugos lo empujan. Detrás, una hilera de gendarmes a caballo. El dibujo es preciso y elocuente. Espléndido como sabía distribución de masas y como expresión, es la macabra y humorística visión del Paso Difícil.

Observemos la composición: ese léretero, contrastando con los negros aterciopelados de los levitones, constátase cómo los hace degradar en las medias tintas de los muros. Rico de color y rico de expresión, es una prueba elocuente de los vigorosos resultados que puede dar un simple cor-

FELIX VALLOTON — "Stendhal"



# Bellezas capitalistas

**EL AUTOMOVIL Y LA SALUBRIDAD.**  
— El *Journal of the Medic. Amer. Assoc.* nos da, según el *Illinois Neath News*, una estadística significativa para apreciar la alegría de vivir en el tiempo del ciné, de los automóviles y de las doctrinas pacifistas. Se trata de una estadística de la mortalidad en Chicago y en Illinois. Primer premio: las cardiopatías; segundo premio: el cáncer; tercer premio: las violencias. Meditemos un poco sobre ese grupo. Seis mil ochocientos sesenta y siete muertos (6867), o sea la quinta parte de la cifra total, debidos a la violencia: accidentes automovilísticos, caídas accidentales, accidentes ferroviarios, suicidios, cuya cifra pasó de 886 a 1012 y en fin, asesinatos que, de 709 en 1923, han pasado a 821 en 1924.

Todo no es tal vez perfecto en el país que con justo título puede enorgullecerse de haber realizado mejor el ideal moderno.

El automóvil, del que acabamos de ver algunas consecuencias catastróficas, no sólo tiene en su pasivo, por lo demás, accidentes graves, da margen a toda serie de desórdenes de los órganos genitales femeninos.

Esos desórdenes sobrevienen de modo insidioso, al margen de las caídas, de los choques violentos, a consecuencia de un apacible viaje desprovisto de todo accidente, bajo la sola influencia de la trepidación continua y de las sacudidas repetidas del coche, frídicamente evanides, que turba singularmente la estática de los órganos pelvianos, y la circulación uterovarial.

En otro tiempo, agrega el señor Siredey, el coche de canales no se empleaba más que para pequeños recorridos: con el automóvil las distancias no se tienen en cuenta ya, las excursiones se prolongan indefinidamente y, circunstancia agravante, se repiten en serie, varios días, varias semanas seguidas: al aumentar su atractivo, las viajeras olvidan sus incomodidades, se dejan llevar hasta el límite extremo de su resistencia.

Es también difícil defenderlas, al partir, contra las seducciones que se les ofrecen bajo las apariencias del confort más completo, lo mismo que detenerlas en el curso del viaje, en despecho de su cansancio.

1. En el curso de las salpingo-ovaritis agudas o crónicas, los viajes en automóvil son peligrosos porque exponen a las enfermas al sufrimiento y porque las trepidaciones, las sacudidas bruscas, pueden implicar la ruptura de adherencias y el derramamiento de pus en el peritoneo.

Es excepcional que una mujer atacada por una afección aneja aguda se arriesgue a semejante aventura, pero no ocurre lo mismo en las formas crónicas, cuando una calma prolongada hace creer en una curación. De esas dos eventualidades el autor da ejemplos: recaldeoamiento y extensión de las lesiones, estado grave, necesidad de exeresia total ulterior.

2. Las metritis con catarr purulento, hasta entonces toleradas sin repercusión aneja, dan lugar, bajo la influencia de un viaje en automóvil, a dolores vivos y a la salpingitis. Estos hechos se ven en particular en el curso de los viajes de boda. Los grandes úteros mal involu-

crados, post partum o post abortum, que a menudo son atacados por una endometritis crónica discreta, pueden, rápidamente, complicarse con infección de las trompas;

3. Los quistes ováricos móviles tuercen a menudo su pedículo;

4. Los fibromas pueden hacerse sensibles o sangrar.

"Accidentes análogos sobrevienen aún al margen de fibromas debidamente reconocidos, en las mujeres de 40 a 50 años, neuro-arríticas, sujetas a retosños congestivos en los años que preceden a la menopausia. Algunas presentan un útero grande y duro; en otras los órganos conservan aparencias normales. Bajo la influencia de fatigas, tienen regias abundantes y de duración mayor. Anora bien, el automóvil les proporciona todas las condiciones que pueden aumentar la congestión pelviana: la posición prolongada, la trepidación, las sacudidas. Resulta de ello una recrudescencia marcada de las hemorragias y todos los años en la época de las vacaciones, o en el momento de la vuelta, los ginecólogos ven un cierto número de esas víctimas del automóvil."

La retroversión favorece en toda edad esas menorras congestivas, lo mismo que la antevergión exagerada o el descenso del útero. Por lo demás, los viajes en automóvil favorecen la aparición de la retroversión;

5. Un viaje en automóvil, emprendido durante la convalescencia de una operación ginecológica, puede comprometer los resultados. Puede ocurrir lo mismo después de los tratamientos radioterápicos.

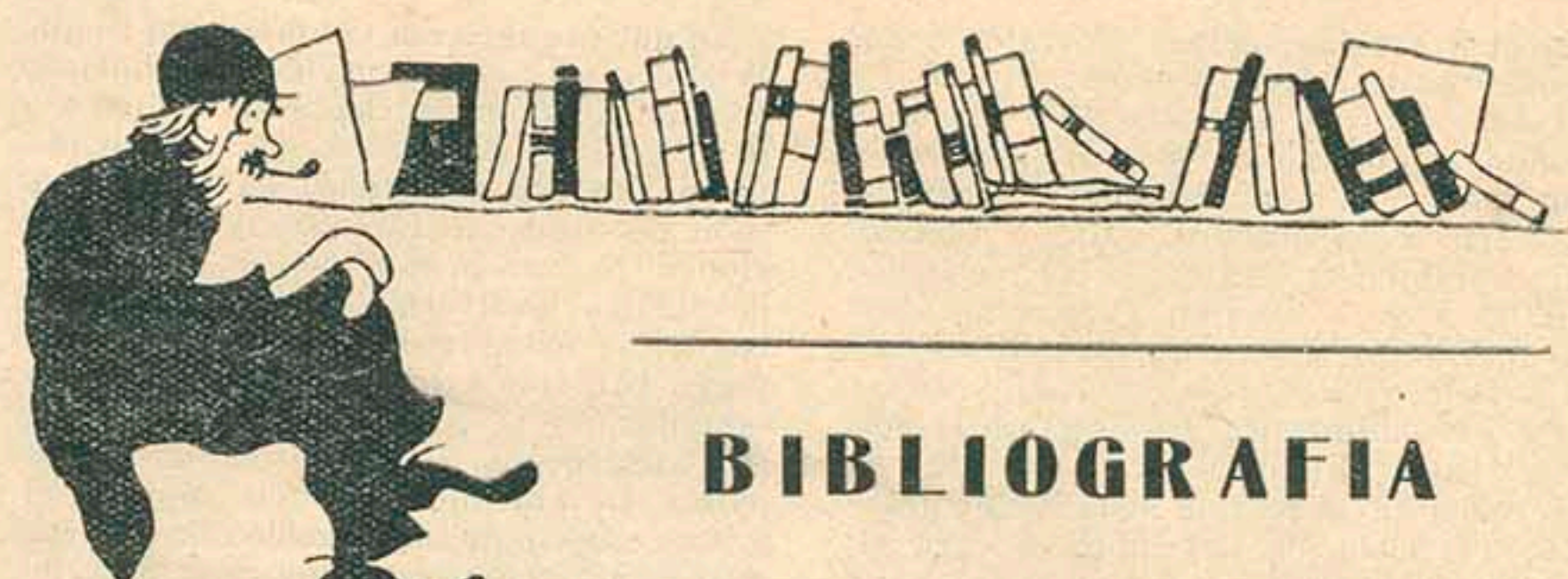
6. Los abortos: "No vacilo en considerar este accidente, dice el señor Siredey, como muy recuente, e incluso tanto más sobre el peligro que presenta cuando que las familias, aun las más instruidas, no parecen sospecharlo."

7. En fin, el señor Siredey, con Lejars, pregunta si no hay que incrementar a los abusos del deporte y en particular a los abusos del automóvil como una causa frecuente del aborto tubal" (*Progrés Médical*, enero 1926)

**LOS ACCIDENTES DE TRAFICO DE UNA GRAN CIUDAD.**— Según una estadística de la comisión principal de tráfico de la presidencia de policía de Berlín, el número de los accidentes de tráfico en los últimos tres meses de 1925, a consecuencia del aumento de la circulación, aumentó de 3034 a 3249. En esos tres meses han muerto en dichos accidentes 36 personas (contra 33 en los tres meses anteriores) y 1339 fueron lesionados más o menos (contra 1369 en el trimestre anterior). A la cabeza de los causantes de esos accidentes están los automóviles con 718 casos. Le siguen los 5945 autos de carga con 675, los 8309 camiones con 389, las motocicletas con 281, los carros de caballos con 274 accidentes. El número menor de accidentes lo señalan los autobuses, unos 300, que no han producido en tres meses más que 81 accidentes. Los autos aumentaron, del tercer trimestre de 1925 al cuarto, de 14.283 coches a 14.970. La culpa de los choques se atribuye en 448 casos a los autos, en 258 a las motocicletas de tres ruedas, en 243 a los camiones, etc. A embriaguez se atribuyen 63 casos.

¡Más de cien accidentes de tráfico diarios en una ciudad como Berlín! Es un pequeño impuesto al orden capitalista.

Si en los trenes que parten llevando en su interior a muchos hombres felices, y con numerosos sitios vacíos, en la existencia cotidiana acontece generalmente lo mismo. Por todas partes y alrededor de nosotros hay millares y millares de sitios vacíos, y a los cuales siempre os rehusarán el acceso si no poseéis los medios, con que pagarlos. Ensayad solamente de meteros en un tren sin antes muniros del correspondiente billete; os harán descender a la primera estación por haber estafado a la compañía! ¡Estafar, robar! — Si ya no he robado — gritará el defraudador — ya que ocupé un puesto vacío, un sitio que nadie habría ocupado y que nada os hubiera reportado. — Qué quiere,



## BIBLIOGRAFIA

### "Los viajeros de los sitios vacíos" — MARTIN ANDERSEN-NEXOE.

Son pocos los novelistas en la literatura mundial que se hayan decidido a escribir la historia épica de la clase obrera en el ininterumpido calvario de su obsesante miseria. Salvo papá Hugo, con "Los Miserables", que intentó petrificar en su destellante prosa, la epopeya de la pobreza, según palabras de Lucien Descaves y después Rosny aine, o sea el mayor, que en su juventud se le dió por la novela social, pocos, repetimos, surgidos de las turbas de Job, pudieron escribir estos grandes frescos que se desdoblaron en 1.500 páginas, y que es la novela "Pedro el Conquistador", como lo hiciera Martin Andersen-Nexoce.

De ahí la razón de esta noticia bibliográfica con el solo fin de que se conozca siquiera la existencia de semejante obra, que en breve será compilada en francés, coleccionando los folletines publicados en "L'Humanité" cuando se hallaba aún bajo la dirección de Jaurés. Se hablará primero del libro de cuentos "Los viajeros de los sitios vacíos, o sea los viajeros sitio", y luego se ensayará dar una idea pálida de esa novela.

El rápido huye a través de la llanura. Todos los días los trenes rápidos parten de todos los rincones del globo hacia destinos lejanos, conduciendo a incógnitos hombres hacia los lugares más deseados por ellos. Existen, sin embargo, millares de seres que experimentan un anhelo violento de volver a un sitio donde se refugian sus más caros recuerdos, y, no obstante, se les rehusan los asientos vacíos de esos numerosos convoyes. Pues, por lo que se pudo notar, en ese tren rápido que rueda a la más grande velocidad hay muchos asientos vacíos.

Por violenta que sea la voluntad de partir de cualquier hombre, la sociedad le exige que pague su asiento, sino el rápido se irá sin él y con un sitio vacío más. Los proletarios que languidecen en las grandes ciudades, soñando confusamente en su tierra natal, en un país lejano y misterioso, fatigándose desde el alba hasta el crepúsculo en las gigantescas usinas de bocazas ardientes y devoradoras, apenas ganando lo imprescindible para subvenir a las necesidades más perentorias de sus familias, son los viajeros sin sitio, sin asiento. Jamás obtendrán la suma necesaria para emprender ese viaje que sería la alegría infelice, el coronamiento de una vida misérrima, y eso que cada día ponen de lado algún dinero, esperando siempre llegar al término de sus calvarios y alcanzar la soñada finalidad, pero la decepción sobreviene en el momento mismo que creían terminar la larga espera. Reconocen otra vez, menos valerosamente que la primera, pero siempre con la misma esperanza en el fondo del corazón, hasta el día que, a través de mil sufrimientos y desilusiones, se aprestan para partir hacia el último viaje, del cual no se vuelven más y cuya meta era otra que la tan deseada.

El movimiento obrero hace su camino. A pesar que las huelgas están fuera de la ley, los patronos declaran el *lock-out* en pleno período de crisis. Los trabajadores responden con la huelga general; las defeciones son numerosas. Después de largos meses de hambre y de continuas privaciones, los obreros no pueden seguir en su resistencia, y capitulan. Pedro, sobre una acusación, desprovista de todo fundamento, es encarcelado y sólo se le liberta después de mucho tiempo.

Pedro se retira de sus camaradas al salir de la prisión y se consagra únicamente a su familia. En ciertos momentos difíciles duda de los socialistas y a veces del socialismo. Pero siempre vuelve a las ideas que le son queridas. Desgraciadamente no cree en la revolución, sino en una lenta evolución, que sólo está en no sigamos al autor en sus conclusiones la masa obrera el precipitaria. Aunque sociológicas, o algo parecido, este conquistador lo es por haber sabido vencerse a sí mismo, escuchándose para servir a sus hermanos en las luchas contra sus opresores.

El último libro, "Los viajeros de los sitios vacíos", ha sido traducido al francés y, según se deduce de las críticas, achacándole su pesimismo y el odio contra los que todo lo poseen, debe señalar una evolución en sentido de profundidad. Pero no estamos juzgando a un sociólogo, sino a un novelista, que aunque de tendencias sociales, no se le puede pedir un cuerpo compacto de doctrina. Por lo que vale en su creación de individuo-

mi querido estafador, no debe olvidar que los ferrocarriles no fueron construidos para los viajeros de los pueblos vacíos.

Es un resumen apresurado y aproximado de la filosofía del novelista Martin Andersen-Nexoce. Nació en uno de los barrios más pobres de Copenhague hacia el 1870. Niño aún, conoció el proletariado que describe en sus libros. Después de haber ensayado y aprendido el oficio de zapatero, hizo un poco de todo, y tuvo así mismo la ocasión de estudiar, debutando en la literatura en la verde edad de 24 años. Es solamente hacia 1910 que se le reconoce como un gran escritor: era entonces el autor de "Pedro el Conquistador".

Es una obra de grandes dimensiones, porque también trata un vasto sujeto: la historia de la clase obrera. Si en la colección de cuentos y novelas "Los viajeros de los sitios vacíos" demuestra un pesimismo desesperante y algunas veces un verdadero odio contra las clases poseedoras, en su anterior libro da prueba de un optimismo invencible y de una fe inquebrantable. Pedro, que se convertirá en un conquistador, viene al mundo sin que cubriese sus carnes friolentas. A la muerte de su madre, emigra con su padre a la isla Bornholm, territorio danés, abandonando Suecia para siempre. La infancia de Pedro es asaz penosa; su padre es obrero agrícola en la *masía* de un rico agricultor, y sólo gana algunas coronas por año, alimentado y alojado. Ambos viven en una especie de esclavitud.

Pedro crece. Abandona a su padre para partir y caminar por la vastedad de la tierra. En la ciudad vecina, entra como aprendiz en un zapatero. Es allí donde oye hablar de los socialistas, quienes viven en la capital, — gente peligrosa que merecía ser fusilada toda, según sus palabras infantiles. Al final de su período de aprendizaje es puesto a la puerta. Se dirige a Copenhague y se conduce de tal modo que le hurtan todo el poco dinero que tiene. La capital le espanta en el primer momento. Se refugia en los extremos de la ciudad y vive entre los más pobres. Allí sus ideas van formándose poco a poco. Frecuenta los sindicatos y decide reorganizar el de zapateros.

La causa de las tierras mal cultivadas o ineultas, de la paralización de los negocios, de la miseria general, es que nuestra burguesía no es emprendedora. Los capitalistas son miedosos e ignorantes y no quieren o no saben desarrollar las industrias, los propietarios de tierras no saben hacer más que lo que hicieron sus abuelos y por otra parte no quieren molestias, los comerciantes no saben abrirse nuevos mercados, los comerciantes no saben abrirse nuevos mercados y el gobierno con su fiscalismo y su estúpida política aduanera, en lugar de estimular las iniciativas privadas, las obstaculiza y las sofoca en la cuna. Vea en Francia, Inglaterra, Alemania.

—Que nuestra burguesía sea negligente e ignorante, no lo pongo en duda, pero su inferioridad explica sólo por qué es derrotada por la burguesía de los otros países en la lucha por la conquista del mercado mundial: no explica de ningún modo el por qué de la miseria del pueblo. Y la prueba evidente es que la miseria, la falta de trabajo y todo el resto de los males sociales existen en los países donde la burguesía es más activa e inteligente que en Italia: incluso esos males son generalmente más intensos en los países donde la industria está más desarrollada, salvo que los obreros hayan sabido conquistar mejores condiciones de vida con la organización, la resistencia o las sublevaciones.

El capitalismo es el mismo en todas partes. Tiene necesidad, para vivir y prosperar, de una condición permanente de semi-carestía; tiene necesidad de ella para mantener los precios y para encontrar siempre hambrientos dispuestos a trabajar en cualquier condición.

—Me agrada razonar con usted. Tiene una manera de presentar las cosas que parece tener razón... y no digo que se equivoque del todo.

idades y de ambientes, es como hemos de tomarlo en cuenta.

Martin Andersen-Nexoce, sobre todo profundizó la psicología de los niños, y es por eso que el primer tomo de "Pedro el Conquistador" es uno de los mejores y una de las obras más notables de la literatura danesa. No se puede dar una idea, ni siquiera de una apariencia factual, de una novela, que consta de 1.200 páginas. Es una verdadera epopeya de la clase proletaria. Vivió con los obreros más humildes; sufrió con ellos las privaciones y los malos tratos, nutrió las mismas esperanzas y odios; y es por eso que se convierte en una punzante y elocuente requisitoria, no sólo contra la sociedad, sino contra los hombres en general.

Esa novela apareció como folletín en el periódico socialista "L'Humanité". Jaurés la consideraba una obra maestra, y la recomendó para el premio Nobel. Llamado que no tuvo eco y fué en vano, ya que esos señores de la Academia Sueca siempre desconfiaron de los escritores de las izquierdas y se necesitó la actitud de Anatole France durante la guerra para reconciliarlos con ellos. Andersen-Nexoce no se molestó por eso, y cuando la implantación de los Sovietes en Rusia se declaró en favor de ellos. Nunca obtendrá ese premio de una reunión de académicos, que juzgan más por las convicciones políticas del autor que por el valor intrínseco de su obra, y solamente están de acuerdo con un pacifismo bañado en agua de rosas.

De ese libro, en pocos años se hicieron tiraje, en Dinamarca, de 70.000 ejemplares, para una población de 3.000.000 de habitantes.

**En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$**

### Errico Malatesta (3)



## EN EL CAFÉ

Usted ve, en efecto, que cuando en un país cualquiera es impulsada activamente la producción, no es para dar a los productores el medio de consumir más, sino siempre para vender en un mercado exterior. Si el consumo local aumenta es sólo cuando los obreros han sabido aprovechar las circunstancias para exigir un aumento de salario y han conquistado así la posibilidad de comprar más; pero luego, cuando por una razón o por otra el mercado exterior para el que se trabaja no compra más, viene la crisis, el trabajo se detiene, los salarios se reducen y la negra miseria vuelve a comenzar sus estragos. Y sin embargo en el país mismo la gran mayoría carece de todo ¡y sería tan razonable trabajar para el propio consumo! Pero entonces, ¿qué ganarían los capitalistas?

Jorge. — Sí, o más generalmente, del hecho que algunos individuos han acaparado la tierra y todos los instrumentos de producción y pueden imponer a los trabajadores su voluntad de tal manera que, en lugar de producir para satisfacer las necesidades de la población, y en vista de esas necesidades, se produce para el beneficio de los patronos.

Todas las razones que podría imaginar para salvar los privilegios burgueses son otros tantos errores, u otras tantas mentiras. Hace poco decía usted que la causa de la miseria es la escasez de los productos. En otro momento, puesto ante el problema de los desocupados, habría dicho que los almacenes están repletos, que los artículos no se pueden vender y que los patronos no pueden hacer trabajar para arrojar luego los productos del trabajo.

Y en efecto, tal es el absurdo del sistema: se muere de hambre porque los almacenes están repletos y no hay necesidad de cultivar, o más bien los propietarios no tienen necesidad de hacer cultivar la tierra; los zapateros no trabajan y sin embargo van con los zapatos rotos porque hay demasiados zapatos... y así por el estilo.

Ambrosio. — ¿Por consiguiente son los capitalistas los que se deberían morir de hambre?

Jorge. — ¡Oh, no! de ningún modo. Deberían simplemente trabajar como los demás. Eso le parecerá un poco duro, pero no lo crea, cuando se come bien el trabajo no es el diablo. Le podría demostrar aún que es una necesidad y una alegría del organismo humano.

## Vergüenzas contemporáneas

### La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlín

(Continuación)

"El terrateniente Schroder de Braunschweig, distrito de Friedeberg, provincia de Magdeburgo, se hace enviar segadores. Unos días más tarde una de las segadoras dió a luz y precisamente en un cobertizo de abono sobre un montón de paja, por la mañana, entre 8 y 9. Después de mediodía, a las 5, la recién parida tuvo que andar un cuarto de hora hasta el patio de la finca, donde fué alojada en un chiquero desalojado, pero sin más comodidades que un montón de paja. Las ratas y otros animales compartían el chiquero."

Los cuadros de miseria que he dado de Berlín, de otras ciudades alemanas pequeñas y medianas y del campo de muestran que nuestro pueblo sufre en todas partes de la penuria de la habitación. Un síntoma de esa enfermedad está en el manifiesto público de los primeros días de agosto de 1925, lanzado por la comisión urbana, eclesiástica y privada del socorro a la juventud de la ciudad de Pforzheim:

"800 familias de bebedores de Pforzheim, completamente arruinadas, están inscriptas en la previsión de los bebedores de la oficina de beneficencia urbana. Más de 3.000 niños de Pforzheim sucumben corporal y espiritualmente en estas familias. En 10 familias de alcoholizados se han establecido 13 abortos, 1 nacido muerto y 26 muertes prematuras de niños. Un elevado porcentaje de las prostitutas registradas por la policía a cau-

Usted ve, en efecto, que cuando en un país cualquiera es impulsada activamente la producción, no es para dar a los productores el medio de consumir más, sino siempre para vender en un mercado exterior. Si el consumo local aumenta es sólo cuando los obreros han sabido aprovechar las circunstancias para exigir un aumento de salario y han conquistado así la posibilidad de comprar más; pero luego, cuando por una razón o por otra el mercado exterior para el que se trabaja no compra más, viene la crisis, el trabajo se detiene, los salarios se reducen y la negra miseria vuelve a comenzar sus estragos. Y sin embargo en el país mismo la gran mayoría carece de todo ¡y sería tan razonable trabajar para el propio consumo! Pero entonces, ¿qué ganarían los capitalistas?

Ambrosio. — ¡Así, pues, usted cree que toda la culpa es del capitalismo?

Jorge. — Sí, o más generalmente, del hecho que algunos individuos han acaparado la tierra y todos los instrumentos de producción y pueden imponer a los trabajadores su voluntad de tal manera que, en lugar de producir para satisfacer las necesidades de la población, y en vista de esas necesidades, se produce para el beneficio de los patronos.

Todas las razones que podría imaginar para salvar los privilegios burgueses son otros tantos errores, u otras tantas mentiras. Hace poco decía usted que la causa de la miseria es la escasez de los productos. En otro momento, puesto ante el problema de los desocupados, habría dicho que los almacenes están repletos, que los artículos no se pueden vender y que los patronos no pueden hacer trabajar para arrojar luego los productos del trabajo.

Y en efecto, tal es el absurdo del sistema: se muere de hambre porque los almacenes están repletos y no hay necesidad de cultivar, o más bien los propietarios no tienen necesidad de hacer cultivar la tierra; los zapateros no trabajan y sin embargo van con los zapatos rotos porque hay demasiados zapatos... y así por el estilo.

Ambrosio. — ¿Por consiguiente son los capitalistas los que se deberían morir de hambre?

Jorge. — ¡Oh, no! de ningún modo. Deberían simplemente trabajar como los demás. Eso le parecerá un poco duro, pero no lo crea, cuando se come bien el trabajo no es el diablo. Le podría demostrar aún que es una necesidad y una alegría del organismo humano.

Pero, a propósito, mañana tengo que trabajar y es ya demasiado tarde. Hasta otra vez.

IV

César. — Me agrada razonar con usted. Tiene una manera de presentar las cosas que parece tener razón... y no digo que se equivoque del todo.

En el presente orden social hay ciertamente absurdos reales o aparentes. Por ejemplo una cosa imposible de comprenderse es la de la aduana. Mientras que entre nosotros la gente muere de hambre o de pelagra por no tener pan bueno y abundante, el gobierno dificulta la recepción del grano de América, que tiene más de lo que es necesario y no quiere nada mejor que vendérselo. ¡Es como uno que, teniendo hambre, rehusara comer! Sin embargo...

Jorge. — Sí, pero el gobierno no tiene hambre; y tampoco la tienen los propietarios de granos de Italia, en interés de los cuales pone el gobierno derechos de entrada sobre el trigo. ¡Si decidiesen los que tienen hambre, usted vería si rehusarían el grano!

César. — Lo sé, y comprendo que con esos argumentos logre usted abrir camino en el pueblo, que ve las cosas en conjunto y por un solo lado. Pero a fin de no engañarse es necesario examinar todos los aspectos de la cuestión y yo me preparaba a hacerlo cuando me interrumpió.

Es verdad que los intereses de los propietarios influyen mucho en la imposición de las tarifas de entrada. Pero por otra parte, si las fronteras fuesen abiertas, los americanos que pueden producir el grano y la carne en mejores condiciones que nosotros, acabarían por abastecer completamente nuestro mercado; y entonces, ¿qué harían nuestros campesinos? Los propietarios serían arruinados, pero los trabajadores estarían peor aún. El pan podría venderse a cinco céntimos el kilo, pero si no hubiera manera de ganar esos cinco céntimos, se moriría de hambre lo mismo que antes. Por otra parte los americanos querrían que fuera pagada más cara o más barata la mercadería que envían; y si en Italia no se produjera, ¿con qué se pagaría?

Me dirá que en Italia se podrían cultivar aquellos productos para los cuales son más propicios el suelo y el clima y cambiarlos con los de otras comarcas: el vino, por ejemplo, las naranjas, las flores y ¡qué sé yo! Pero, ¿si esas cosas que nosotros podemos producir a buen precio no las quieren los otros, porque no tienen empleo para ellas o porque las hacen ellos mismos? Sin contar que para transformar el cultivo se necesitan capitales, conocimientos y sobre todo tiempo: ¿qué se come entretanto?

Jorge. — ¡Perfectamente! Usted ha puesto el dedo en la llaga. El libre cambio no puede resolver la cuestión de la miseria como no puede resolverla el proteccionismo. El libre cambio favorece a los consumidores y perjudica a los productores, y viceversa, el proteccionismo favorece a los productores y perjudica a los consumidores; de modo que para los trabajadores, que son al mismo tiempo productores y consumidores, en definitiva la cosa es la misma siempre.



Wirffen observa al respecto que la debilidad de voluntad y la disminución del sentimiento ético por una parte, sensibilidad acrecentada para las excitaciones del ambiente, codicia, nerviosa por otra, abren acceso sin más al delito como hecho antisocial. La transición la constituye diversamente la propensión a la mentira, que se desarrolla en todo joven onanista, ya de su insinceridad forzada para con su ambiente.

La vida en la naturaleza es considerada como el mejor medicamento contra la onanía. Casi rabiosos tragamos esa sabiduría. Pero allí se levanta el cuartel de inquilinos, tras cuyas fachadas grises y sin atractivo se anida la miseria de las masas. ¡El hogar de los niños de la gran ciudad!

Una estadística hecha en las escuelas populares de Berlín entre niños de seis y de más años, dió: setenta por ciento no tenían idea alguna de una salida de sol; 54 por ciento no conocían ninguna puesta de sol, 76 por ciento no sabían lo que eran palomas, 82 por ciento no habían oído nunca una alondra, 49 por ciento no sabían lo que era una rana, 53 por ciento no conocían ningún caracol, 87 por ciento no conocían el abedul, 59 por ciento no sabían lo que era un campo de espigas, 66 por ciento no habían visto nunca una aldea, 67 por ciento no vieron nunca una montaña, 89 por ciento no vieron nunca un río. Varios escolares pretendían haber visto un lago: cuando se examinó su noticia resultó que se referían a una pecera de la plaza del mercado. Una circular entre 120 niños de Hamburgo de 10 a 16 años no dió mejores resultados.

Los números proceden del médico doctor Ebeling y del año 1912 o menos. Hoy los paseos de los escolares han mejorado un poco las condiciones. Pero también hoy son raros los paseos de los escolares que llevan al niño proletario de la gran ciudad al campo libre. ¡Pero lo que aconseja la higiene sexual contra la degeneración del instinto sexual infantil es la vida

constante en la naturaleza! El medio para ello sería el traslado de la familia proletaria del cuartel de inquilinos a la colonia prevista por la ley de 1920. ¿Es esto posible?

El profesor W. Sombart estableció (1906) que así como los obreros alemanes viven ordinariamente en cuarteles de inquilinos, los norteamericanos por lo general vivea en casas de una o dos familias y sin embargo el obrero norteamericano no paga más caro que el alemán su habitación, sino más bien menos. En cambio la vivienda del norteamericano tiene por término medio cuatro habitaciones, la del alemán sólo dos. Hemos visto que el alemán no paga más caro que el alemán comparte su estrecha vivienda con subinquilinos extraños a la familia. El conserjero de gobierno Kolb en su libro "Als Arbeiter in Amerika", publicado en 1909, cuenta cuánto le ha costado en América encontrar un albergue como subinquilino en una vivienda obrera. Las familias obreras de Chicago no necesitan económicamente aceptar un extraño como subinquilino, y menos aún alquilar una cama, no una habitación. De esa categoría desconsoladora de los inquilinos de una cama, descompositores de la vida familiar, que crecen en Alemania con el progreso de la industria, como una planta venenosa, no encontré nada allí", escribe Kolb, y concluye: "Está fuera de duda que el obrero vive en Chicago considerablemente más sano y más baratamente que, por ejemplo, en Berlín. Una gran ventaja consiste en que faltan los cuarteles de inquilinos."

Cuarteles de inquilinos tras cuyos muros viven plantitas de asfalto, florecitas descoloridas, niños pálidos, de mejillas descarnadas, cuya plaza de juegos son los patios oscuros o las callejuelas tan rumorosas y sin embargo tan tétricas, sobre los cuales está tendido en lo alto un trozo de cielo gris. Eso hace que los niños, instruídos por lo que vieron sus propios ojos en las oscuras viviendas, prue-

ben la imitación en las escaleras interiores, en los rínicos, en las buhardillas de lo que han aprendido en la insalubre comunidad de habitación y de dormitorio y que ha intranquilizado prematuramente su fantasía. Esos cuarteles de inquilinos dan los niños lascivos, para quienes los subinquilinos extraños son un continuo peligro, las muchachas de doce o trece años que saben seducir al hombre; dan los niños que se someterán complacientemente al subinquilino, al "señor amueblado", al "fío", y callan.

Y con esto entro en la parte más oscura de nuestro problema, las enfermedades sexuales de los niños.

El Dr. Erik Langer, médico superior de la sección dermatológica del hospital Rudolf Virchow de Berlín, comunica en febrero de 1925 a la asociación médica forense de Berlín que las enfermedades sexuales entre las muchachas de edad escolar se multiplican desde la terminación de la guerra:

En el departamento para niños sexualmente enfermos del Hospital de Hanover antes de la guerra eran tratados diariamente. En el hospital Rudolf Virchow año de la guerra (1918) más de 40 diariamente. En el hospital Rudolf Virchow de Berlín, fueron tratados, en 1921, 133 niños sexualmente enfermos, pero en 1924 la cifra ascendió a 250. Es decir, un aumento de 49 por ciento o sea casi la mitad. De esos niños padecían:

	1921	1924
Gonorrea	26	67
Sospecha de gonorrea	27	101
Lues congénita	33	25
Condyloma latum	17	20
Sospecha de lues	30	27

Pero hay que tener presente que en el período siguiente ha disminuído la afluencia a los hospitales a causa del seguro familiar y de los ambulatorios.

El Dr. Martin Gumpert, en la misma sección del hospital Rudolf Virchow, elabora actualmente un vasto material que

(Concluirá)

demuestra que las enfermedades sexuales de los niños en las pequeñas ciudades y en el campo no son más raras que en las grandes ciudades. Una parte de los casos tratados en el hospital Virchow han sido traídos del campo. En la Deutschen Medizinische Wochenschrift informa Schoenfeld sobre la difusión de la gonorrea y del lues entre los niños de Pomerania. Esas enfermedades adquieren proporciones aterradoras cuando son introducidas en establecimientos cerrados, hospicios, colonias de vacaciones, casas de educación. El doctor Langer comunica que en un hospicio renaco 33 por ciento de los niños se volvieron sifilíticos. En Hanover fueron atacadas 15 muchachas por una infección en el hospital. En la sección de bronquitis del hospital Eppendorf se comprobó en 20, de entre 28 muchachas, gonorrea. De cuarenta muchachas enviadas en 1909 de Stuttgart a Soobald, volvieron 15 con gonorrea. Esta infección partió de una niña de ocho años que, según se comprobó, había padecido de gonorrea antes de ir a la escuela.

La higiene social exige, en consideración a tales casos, una profilaxia radical. Es necesario que colaboren estrechamente comisiones especiales dermatológicas y escuelas, padres, instituciones de beneficencia. La investigación sistemática por médicos especialistas, especialmente de los niños recién entrados en la escuela antes de su envío a las colonias de vacaciones, de la recepción en los establecimientos, en los jardines infantiles, en la escuela de juego, es necesaria. Los niños enfermos deben ser separados de inmediato de la comunidad con otros y sometidos a un tratamiento especial. Eso no debe depender de la iniciativa de determinadas autoridades, sociedades, médicos escolares, maestras, etc., sino que exige más bien una acción sistemáticamente conducida contra las enfermedades sexuales con médicos entendidos, con enfermeras, etcétera.

Y será siempre así hasta que sea abolido el sistema capitalista.

Si los obreros trabajasen por su cuenta y no para beneficio de los patronos, entonces toda región podría producir lo suficiente para sus necesidades y después no tendría más que ponerse de acuerdo con los otros países para distribuirse el trabajo de producción según la calidad del suelo, el clima, la facilidad para tener las materias primas, las disposiciones de los habitantes, etc.; de manera que todos los hombres podrían tener el máximo de disfrutes con el mínimo de esfuerzo posible.

César. —Sí, pero esos no son más que sueños dorados.

Jorge. —Serán sueños ahora; pero cuando el pueblo haya comprendido que de aquel modo se estará mejor, el sueño se transformará pronto en realidad. No hay más obstáculos que los opuestos por el egoísmo de los unos y la ignorancia de los otros.

César. —Hay muchos obstáculos, amigo mío. Usted se imagina que una vez expulsados los patronos, nada-rán en la opulencia...

Jorge. —No digo eso. Al contrario, pienso que para salir del estado de penuria en que nos mantiene el capitalismo y para organizar la producción de modo que satisfaga ampliamente las necesidades de todos, será preciso trabajar mucho; pero no es la voluntad de trabajar la que falta al pueblo, es la posibilidad. Nosotros nos lamentamos del sistema actual, no tanto porque nos tocan mantener a los ociosos en el confort — aunque esto nos causa muy poco placer — como porque son los ociosos los que regulan el trabajo y nos impiden trabajar en buenas condiciones y producir en abundancia y para todos.

César. —Usted exagera. Es verdad que a menudo los propietarios no hacen trabajar para así especular sobre la escasez de los productos, pero más a menudo aún es porque carecen ellos mismos de capitales.

La tierra y las materias primas no bastan para producir. Necesitamos, usted lo sabe, instrumentos, máquinas, locales, medios para pagar los obreros mientras trabajan, es decir, capital; y eso no se acumula más que lentamente. ¡Cuántas empresas permanecen en proyecto, o comenzadas, y fracasan, por falta de capitales! ¡Figúrese además si, como usted quisiera, viniera una revolución social! Con la destrucción del capital y el gran desorden que se sucedería, no llegarían ustedes más que a la miseria general.

Jorge. —Ese es otro error, u otra mentira de los defensores del orden presente: la falta de capital.

El capital puede faltar a ésta o aquella empresa a causa del acaparamiento hecho por otros, pero tomada la sociedad en general, encontrará que hay una gran can-

tidad de capital inactivo, lo mismo que hay una gran cantidad de tierras incultas.

¿No ve cuántas máquinas se herrumbra, cuántas fábricas permanecen cerradas, cuántas casas están deshabitadas o poco habitadas, mientras la masa de la población no encuentra casa y los albañiles no encuentran trabajo?

Se necesita alimento para los obreros mientras trabajan; pero en suma, esos obreros deben comer aunque estén desocupados. Comen poco y mal, pero quedan con vida y dispuestos a trabajar en cuanto un patrón tenga necesidad de ellos. Por lo tanto no es porque faltan los medios para vivir por lo que los obreros no trabajan; y si éstos pudiesen trabajar por su cuenta, aceptarían también — si fuese verdaderamente necesario — el trabajo viviendo como viven cuando están desocupados, porque sabrían que con aquel sacrificio temporal saldrían después definitivamente del estado de miseria y de sujeción.

Figúrese, lo que se ha visto muchas veces, que un terremoto destruye una ciudad, arruina una comarca entera. En poco tiempo la ciudad es reconstruída más bella que antes y en la comarca no quedan rastros del desastre. Como en tal caso los propietarios y los capitalistas tienen interés en hacer trabajar, los medios se encuentran pronto, y se reconstruye en un abrir y cerrar de ojos una ciudad entera, donde tal vez antes se había dicho continuamente durante decenas de años que no había medios para fabricar alguna "casa obrera".

En cuanto a la destrucción de los capitales que acontecería en tiempo de revolución, es de esperar que en un movimiento consciente hecho con el fin de poner en común las riquezas sociales, el pueblo no querrá destruir lo que va a convertirse en cosa suya. De cualquier modo no causará más mal que un terremoto.

No, habrá, ciertamente, dificultades antes de que las cosas se pongan en marcha; pero impedimentos serios, sin vencer los cuales no se puede comenzar, no veo más que dos: la inconsciencia del pueblo y... los carabincos.

Ambrosio. —Pero diga un poco: usted habla de capital, de trabajo, de producción, de consumo, etc.; pero de derecho, de justicia, de moral y de religión no habló nunca.

Las cuestiones sobre el modo mejor de utilizar la tierra y el capital son muy importantes; pero más importantes aún, por ser más fundamentales, son las cuestiones morales. Yo desearía que todos estuvieran bien; pero si para alcanzar esa utopía hubiera que renegar de los principios eternos del derecho, sobre los cuales debe fundamentarse toda sociedad civil, oh, entonces prefiero mil veces que continúen para siempre los sufrimientos de hoy.

Y además, piense que debe haber una voluntad suprema que regule el mundo. El mundo no se ha hecho por sí mismo y debe haber un *más allá* — no digo dios, varón, infierno, porque usted sería capaz de no creer en ello, — debe haber un *más allá* que explique todo y en el cual las aparentes injusticias de aquí abajo deben encontrar su compensación. ¿Cree usted que puede violar la armonía preestablecida del universo? Usted no puede, y nosotros no tenemos más remedio que inclinarnos.

Cese pues de una vez de sobornar las masas, cese de suscitir quiméricas esperanzas en el alma de los desheredados, cese de soplar sobre el fuego que está bajo la ceniza. ¿Quiéren ustedes, oh bárbaros modernos, destruir en un terrible cataclismo social la civilización que es gloria de nuestros padres y nuestra? Si quiere hacer buena obra, si quiere aliviar lo que es posible los sufrimientos de los miseros, dígame que se resignen con su propia suerte; pues la verdadera felicidad está en contentarse. Que, por otra parte, cada cual lleve su cruz; todas las clases tienen sus tribulaciones y sus deberes, y no siempre los más felices son los que viven en la riqueza.

Jorge. —Vamos, honorable magistrado, deje a un lado las declamaciones sobre los "grandes principios" y las indignaciones convencionales; no estamos en el tribunal y, en este momento, no tiene que pronunciar sentencia alguna contra mí.

¿Cómo se adivina, al oírle hablar, que usted no está entre los desheredados! Y es tan útil la resignación de los miseros... para quienes viven sobre sus hombros.

Ante todo, déjese, le ruego, de argumentos trascendentales, religiosos, en los cuales ni usted mismo cree. De los misterios del universo no sé nada y usted no sabe más que yo; por eso es inútil traerlos a discusión. Por otra parte, considere que la creencia en un supremo autor, en un dios creador y padre de los hombres no sería un arma segura para usted. Si los sacerdotes, que estuvieron siempre y están al servicio de los señores, deducen el deber de los pobres de resignarse a su suerte, otros podrían deducir (y en el curso de la historia hay quien lo ha deducido) el derecho a la justicia y a la igualdad. Si dios es nuestro padre común, todos nosotros somos hermanos. Dios no puede querer que algunos de sus hijos exploten y martiricen a los otros; y los ricos, los dominadores, serían los Caínés malditos por el padre.

Pero dejemos eso.

Ambrosio. —Bien, dejemos la religión, porque con usted sería inútil hablar de ella.

¡Pero admitirá seguramente un derecho y una moral superior!